

# Leda: un recuerdo del maestro Julio Fonseca

A la inversa del concepto judeo-cristiano, los antiguos griegos crearon los dioses a su imagen y semejanza y por eso sus divinidades muestran todas las emociones y pasiones de los seres humanos. Aman y odian, ayudan a sus favoritos y llegan hasta el engaño para castigar a quienes malquieren. En realidad, el Olimpo no es sino una Grecia celestial, reflejo fiel de la terrestre, en donde hay tantas rencillas familiares como en cualquier conglomerado humano, relatadas en innumerales mitos y leyendas.

La de Leda es una de las más populares: es esencialmente un canto a la belleza femenina, a la cual distaba mucho de ser insensible el poderoso Zeus, "padre de los dioses", llamado por los romanos Júpiter. Leda era la esposa de Tindaro, rey de Esparta y fue la madre de

Helena, la causante de la guerra de Troya. Su belleza fascinó a Zeus y para seducirla se transformó en cisne. De tan extraña unión nacieron Cástor y Pólux, que llevados al cielo formaron la constelación de Géminis.

Los dioses olímpicos "formaban para sus idilios lechos de nubes rodeadas que los ocultaban de miradas curiosas". Pero en casi todas las interpretaciones artísticas de la leyenda, Zeus y Leda aparecen en la ribera de un lago, sobre una alfombra de flores. En verdad que un cisne, aunque fuera el mismo padre de los dioses, haría un papel desgarbado lejos del agua.

Los amores de Zeus y Leda han sido tema de numerosos cuadros, esculturas, medallones, etc. Una pintura muy bella, digna en todo sentido del atrac-



Rubén Yglesias Hogan

tivo de la materia, alornaba la sala del conocido empresario don Felipe J. Alvarado, cuya residencia estaba frente el

parque Morazán, en San José. Y aquel pasamos a hablar del recordado maestro don Julio Fonseca, gloria de la música nacional, porque tiene atigencia con el tema.

Tuve el privilegio de ser amigo de don Julio, cuya modestia era tan grande como su genio. Su bondad lo llevó a ponerles música a unos versos míos titulados "Ojos gitanos". Esta canción fue editada por la Imprenta Nacional en 1935, junto con la llamada "El boyero", letra de don J. J. Salas Pérez y música de J. Daniel Zúñiga. Diré de paso que "Ojos gitanos", que quizá pocos recuerden, fue la canción incluida como representativa de la música costarricense, junto con "Aires ticos" del maestro don Roberto Campabadal y el "Punto guanaaste-co", en un concierto ofrecido por la "Asociación Argentina de Música de Cámara" en Buenos Aires el 20 de noviembre de 1941. El concierto fue auspiciado por el entonces cónsul general de Costa Rica allí, don Rubén Esquivel de la Guardia. El programa del mismo muestra una fotografía del Teatro Nacional en San José.

Volvamos al tema de Leda. Para aumentar sus limitados ingresos, don Julio —profesor de música y ocasionalmente director de bandas— daba clases de piano y tenía un grupo selecto de alumnas que se reunía en la casa de don Felipe J. Alvarado, pues una de ellas era la hija de éste, la gentil señorita Lelia, que fue después la esposa del muy apreciado caballero don Fernando Terán. Y un día don Julio les dijo que iba a tocar para ellas un vals que acababa de componer y que todavía no tenía nombre. Y ejecutó esa preciosa pieza, que ha tenido difusión internacional: la Orquesta Sinfónica de Berlín la grabó en un disco para para la compañía Telefunken, una estación de radio de La Habana lo tenía como tema de apertura para sus programas; sirvió de fondo a una película mexicana; fue ejecutada en Washington en un concierto organizado por la Unión Panamericana, etc.

Yo tuve la oportunidad de oír ese vals, todavía innominado, ejecutado por el propio don Ju-

lio, en su casa, a la que fui con mi entrañable amigo Alfredo Serrano Bonilla, uno de los más grandes violinistas que ha tenido el país y que iba a menudo a ensayar con don Julio. Este nos dijo que originalmente había pensado incluir el vals en una ópera que intentaba hacer, proyecto que dejó sin realizar.

Cuando don Julio tocó el vals para sus alumnas en la casa de la familia Alvarado, la señorita Lelia, señalando el cuadro de Leda y el Cisne que estaba cerca del piano, le sugirió al Maestro el nombre de la belleza griega para su composición y don Julio aceptó la indicación. Así fue bautizado el vals.

Del mérito musical de "Leda" han hablado quienes tienen autoridad para hacerlo. Yo sólo quiero decir, como lo han sentido tantos otros admiradores, que despierta en el oyente una emoción especial, llena de anhelos y sueños indefinidos, de dulces memorias y hondo placer.

Enrique Murger, en sus "Escenas de la vida bohemia", nos presenta a Rodolfo una noche en el parque de Luxemburgo, en el corazón de París, "viendo de vez en cuando desaparecer, como espantadas por el ruido de sus pasos, a parejas misteriosamente enlazadas y buscando —como dijo un poeta— la doble voluptuosidad del silencio y de la sombra. Al cabo de un rato, bajo el embrujo de una fiebre alucinante, le pareció que los dioses y los héroes de mármol que pueblan el jardín hablaban de sus pedestales para hablar a las diosas y las heroínas corcanas y oía claramente al corpulento Hércules dedicar un madrigal a una de ellas, cuya túnica le pareció singularmente corta. Desde el banco en que se sentó vio al cisne del estanque dirigirse hacia una ninfa cercana. Y Rodolfo, que aceptaba toda aquella mitología, pensó: "Ahí va Júpiter, que acude a una cita con Leda... ¡Con tal de que no los sorprenda el guarda!".

La leyenda de Leda, que hechizó con su belleza al más poderoso de los dioses griegos ha sido inmortalizada por la pintura y la escultura. Con su inspirado vals, el maestro Fonseca la consagró para la música también.